

LETRAS

letrillas

LETRONES

BEISBOL

Nemesio Guilló: Un relato de la frontera

I. **T**he *Pride of Havana* (Oxford University Press, 1999), de Roberto González Echevarría ofrece una impresionante colección de ideas en torno a ciertas zonas de la cultura latinoamericana.

Imagine el lector una historia del pasatiempo en Cuba escrita por un distinguido catedrático de literatura comparada de la Universidad de Yale, nativo de la isla y quien, a sus horas, ha sido *catcher* semiprofesional de beisbol. Tendrá apenas una idea vaga de lo que este maravilloso libro entraña.

El autor es también el compilador de una *Historia de la literatura latinoamericana*, publicada en 1996 por la Universidad de Cambridge, así como de la *Antología Oxford del relato latinoamericano* (1997) y de un singular libro de ensayos:

Mito y archivo: Una teoría de la narrativa latinoamericana que tradujo y publicó el Fondo de Cultura Económica en 2000. Si traigo a cuento este parcial currículum es para dejar sentado el extraordinario promedio de bateo intelectual de González Echevarría.

Al abordar el dichoso tema del “imperialismo cultural”, González Echevarría escribe:

Si bien es una isla, Cuba es en realidad una frontera. En tiempos coloniales fue la primera frontera entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Más tarde, estuvo en la línea de batalla entre el imperio español y las demás potencias europeas. A partir del siglo diecinueve, y más intensamente, durante los últimos cuarenta años, ha sido puente o muro entre ella misma y los Estados Unidos. Los cruces en ambas direcciones siempre han entrañado una transformación: a veces para remarcar las semejanzas; a veces para borrarlas. Más a menu-

do, para enmascararlas. Si bien este rejuogo de transformaciones, alimentado por poderosos sentimientos de atracción o repulsión, ha hallado escenario en la política, la literatura y las artes en general, su más visible y elocuente manifestación se encuentra en la cultura popular y en los deportes, particularmente en el beisbol y la música.

Por ello, para González Echevarría, su libro es “una historia parcial de una frontera, un recuento de transformaciones ocurridas en esa frontera.”

La tesis primordial de este singular libro resultará escandalosa a mucha gente: “La cultura estadounidense es uno de los componentes fundamentales de la cultura cubana, aun cuando históricamente haya habido intentos, concertados y dolorosos, de combatir y negar este hecho.”

El profesor añade: “El beisbol es la más clara indicación de ello, pero no la única. Se trata de un proceso en el cual el antagonista es absorbido en lugar de rechazado, lo cual pone de manifiesto que en cualquier relación entre culturas, incluso el rechazo es mutuamente influyente, desde que las culturas son conjuntos dinámicos.”

Aunque todavía hoy muchos en la cuenca del Caribe dan por sentado que el beisbol llegó a nuestros países como resultado de las innumerables intervenciones militares gringas en la región, a comienzos del siglo XX, el hecho probado es que no fue un *marine* quien llevó el beisbol a Cuba.

Nemesio Guilló se llamó el hombre de quien se asegura que llevó a la isla el primer bate y la primera pelota de beisbol. El hecho ocurrió en 1864, cuando la Guerra de Secesión estadounidense no había terminado aún y los cubanos todavía eran súbitos de la Corona Española.

Nemesio fue uno de los tres “niños bitongos” –“sifrinós” les diríamos nosotros– que, en 1858, fueron enviados por sus padres a estudiar en una universidad (Springville College) en Mobile, Alabama. Ernesto, el hermano de

Nemesio, formaba parte del trío.

Según González Echevarría, para 1868, “*the Guilló brothers*” y un número considerable de contemporáneos suyos habían fundado ya un equipo de pelota —el Habana Base Ball Club—, que presuntamente derrotó en juego amistoso a la tripulación de una goleta mercante estadounidense fondeada en el puerto de Matanzas para reparaciones.

El equipo de los hermanos Guilló no tuvo tiempo de festejar la hazaña: se vieron todos obligados a pasar a la clandestinidad, pues aquel mismo año estalló la primera y frustrada guerra de independencia cubana —llamada “de los Diez Años”, o “guerra chiquita”— y las autoridades españolas prohibieron la práctica del juego. ¿Porqué lo prohibieron?

Al parecer, la juventud independentista cubana favorecía militantemente el béisbol por sobre las corridas de toros: en la corridas había que rendir algún tipo de formal pleitesía colectiva a las autoridades de la Corona.

Poniendo a salvo cuán entretenido y excitante pueda resultar un partido de pelota, fue muy fácil para los independentistas cubanos de aquella época atribuirle al béisbol un valor simbólico asociado a ideas de libertad e igualitarismo.

Ante las atrocidades españolas cometidas para sofocar la “guerra de Céspedes”, muchas familias cubanas emigraron a la vecina República Dominicana. “Los jóvenes dominicanos emularon a los cubanos —escribe Rob Buck en *Trópico de béisbol*— y, junto con compatriotas que habían estudiado en EE.UU., organizaron toda una red de equipos y torneos que estaba ya firmemente establecida en Santo Domingo muchísimo antes de que, en 1916, llegasen los ‘U.S. Marines’ a ocupar la isla durante ocho años.”

Como muchos venezolanos, crecí en la creencia de que el béisbol vino a nuestro país junto con los primeros petroleros gringos. Hoy sabemos, gracias a acuciosos investigadores como mi amigo Javier González, entre otros, que fueron los vástagos de familias acom-



Nemesio Guilló, “padre del béisbol cubano”.

dadas caraqueñas quienes importaron el juego en la última década del siglo XIX, siguiendo los pasos de Nemesio Guilló.

Es difícil afirmar, sin exponerse al ridículo que, a fines de nuestro siglo XIX hubiese en Venezuela alguna tradición deportiva. Teníamos toros coleados, riñas de gallos, paludismo y guerras civiles. La literatura costumbrista de la época así lo atestigua. Lo cierto es que aquí, como en el resto del Caribe, los precursores pertenecieron a las hoy llamadas “élites”. El pueblo soberano aprendió a jugar béisbol mirando (de lejos) a los ricos jugarlo.

En algún momento del siglo XX comenzó una especie de “polinización cruzada” entre las ligas profesionales del Caribe y México, de una parte, y las “Ligas Negras” estadounidenses, de la otra.

Si el auge y decadencia del béisbol profesional negro en Estados Unidos ofrece una ventana hacia importantes temas de la historia de quienes la corrección política llama “afroamericanos”, la polinización cruzada entre aquellas ligas y las de Cuba, Santo Domingo, México y Venezuela provee también un punto de mira sobre nuestra propia historia cultural.

Considérese que antes de que, en

1947, Jackie Robinson rompiese la barrera racial en las grandes ligas, muchos estadounidenses, blancos y negros, ya jugaban codo a codo en las racialmente “integradas” ligas mexicana, cubana o venezolana.

2.

Y ahora hablemos de estrategia, de las “jugadas sorpresa”, de la malicia característica del béisbol tal como se jugaba en las ligas negras del norte y que fue rápidamente absorbida por jugadores cubanos y dominicanos que fueron a EE.UU. a jugar en aquellas ligas.

El *ethos* juguetero de las ligas negras que lleva a jugar béisbol al borde mismo de las reglas, una vez que llegó a Cuba, Santo Domingo o Venezuela, se transmutó, con añadidos locales, en lo que llamamos “pelota caribe.”

“Esconder la bola” quizá sea una de las “suertes”—tomo prestada esa voz de germanía taurina— más difíciles de ejecutar que haya en el desconcertante repertorio de la pelota caribe. Durante su carrera grandeliga, nuestro compatriota Oswaldo Guillén llegó a poner *out* a sendos oponentes “en base”, oíga-se bien, ¡dos veces en dos encuentros seguidos!, ejecutando magistralmente el truco de esconder la bola.

Como *manager*, su controversial concepción de la estrategia, llamada *small ball* por los gringos, y que ayudó a los improbables Medias Blancas de Chicago a barrer en la Serie Mundial de 2005 es, a mi modo de ver, simplemente la quintaesencia de la pelota caribe, que evolucionó entre nosotros a partir de las hoy desaparecidas ligas negras de EE.UU.

Los nombres y apellidos de cualquier alineación regular del béisbol profesional estadounidense ofrecen una idea del lugar que este “relato de la frontera”, que ya dura mucho más de un siglo, ocupa en la historia cultural de EE. UU. y sus vecinos.

“Cualesquiera que sean las razones —escribe el experto estadounidense Milton Jamail en su libro *Full Count*—, la oferta de talento nativo para jugar al béisbol en Estados Unidos claramente

se está reduciendo, y esto ha hecho necesario buscar jugadores en otras partes.” Y añade: “Las estadísticas que ofrece la misma industria del beisbol estadounidense indican que casi el 35% de los jugadores profesionales a todos los niveles, desde novatos hasta grandes ligas, nacieron fuera de los EE.UU. (Las cifras incluyen a Puerto Rico.) El beisbol, claramente, ha dejado de ser un deporte estadounidense.”

Creo que Milton tiene razón: el beisbol es, hoy por hoy, un deporte *internacional* cuyo más alto nivel de juego se encuentra en EE.UU. y en el que descuellan los latinoamericanos.

Está bien que Cuba participe en el anunciado Clásico Mundial de Beisbol, aunque sólo sea para hacer justicia a Nemesio Guilló, quien al cruzar y recuzar la frontera en 1864 dio origen al beisbol latinoamericano. —

— IBSEN MARTÍNEZ

GEOPOLÍTICA

¿Los orígenes de la gran guerra del Golfo?

¿Estamos viviendo el origen de la siguiente guerra mundial? Sin duda es fácil imaginar cómo trataría un futuro historiador los acontecimientos recientes del Medio Oriente...

En los primeros años del siglo XXI —diría el hipotético historiador— la inestabilidad en la región del Golfo aumentó. A principios de 2006 ya estaban presentes casi todos los elementos detonadores de un conflicto de mucha mayor envergadura y alcance que las guerras de 1991 o 2003.

La primera causa fundamental de la guerra fue el aumento de la importancia relativa de la región en el suministro de petróleo. Por una parte, el resto de las reservas de petróleo del mundo estaban agotándose a paso acelerado; por otra, el atropellado crecimiento de las economías asiáticas incrementó enormemente la demanda mundial de energía. Hoy es difícil entenderlo, pero durante casi todo el decenio de 1990 el precio del petróleo fue inferior en pro-

medio a veinte dólares por barril.

Otra condición de la guerra fue la demografía. Mientras que la fecundidad en Europa occidental había caído por debajo de la sustitución natural de la población en el decenio de 1970, la disminución en el mundo islámico había sido mucho más lenta. Para fines del decenio de 1990 la tasa de fecundidad en los ocho países musulmanes que están al sur y el oriente de la Unión Europea era dos y media veces más alta que la cifra de Europa.

Esta tendencia fue especialmente pronunciada en Irán, donde el conservadurismo social de la revolución de 1979 —que bajó la edad del matrimonio y prohibió la anticoncepción— se sumó a la elevada mortandad de la guerra entre Irán e Iraq, así como al posterior auge reproductivo para producir, para el primer decenio del nuevo siglo, un excedente extraordinario de hombres jóvenes. Más de dos quintas partes de la población de Irán en 1995 tenía catorce años o menos. Ésta era la generación que estaba lista para la guerra en 2007.

Esto no sólo dio a las sociedades islámicas una energía juvenil que contrastaba acentuadamente con la perezosa senectud de Europa, también significó un profundo cambio en el equilibrio de la población mundial. En 1950 la Gran Bretaña tenía el triple de la población que Irán. Para 1995, la población de Irán había superado a la de la Gran Bretaña y se preveía que para 2050 sería un cincuenta por ciento superior. Con todo y que la gente de Occidente se esforzaba por comprender las consecuencias de este cambio, subliminalmente seguían pensando en el Medio Oriente como una región sobre la cual podían enseñorearse, como lo habían hecho a mediados del siglo XX.

La tercera condición, tal vez la más importante de la guerra, fue cultural. Desde 1979 una oleada de fervor religioso había barrido no sólo en Irán, sino en la mayor parte del mundo musulmán, el proceso de laicización que estaba vaciando las iglesias de Europa. Si bien pocos países siguieron a Irán

por el camino de la teocracia total, la política se transformó en todas partes. De Marruecos a Pakistán, las dinastías feudales o los hombres fuertes del ejército que habían predominado en la política islámica desde el decenio de 1950 sufrieron intensas presiones de los radicales religiosos.

El coctel ideológico que produjo el “islamismo” fue tan vigoroso como cualquiera de las ideologías extremas que Occidente produjera en el siglo pasado: el comunismo y el fascismo. El islamismo era antioccidental, anticapitalista y antisemita. Un momento seminal fue el violento ataque del presidente iraní Mahmud Ahmadiyad contra Israel en diciembre de 2005, cuando dijo que el Holocausto era un “mito”. Anteriormente había declarado que el Estado de Israel era una “mancha vergonzosa”, la cual había que “borrar del mapa”.

Antes de 2007, los islamistas no habían encontrado opción sino combatir a sus enemigos a través del terrorismo. Desde Gaza hasta Manhattan, el héroe de 2001 era el bombardero suicida. Sin embargo, Ahmadiyad, veterano de la guerra entre Irán e Iraq, anhelaba un arma más potente que los explosivos sujetos al cuerpo. Su decisión de acelerar el programa nuclear de Irán tenía como fin dar a su país un poder como el que Corea del Norte ya ostentaba en Asia oriental. El poder para desafiar a Estados Unidos. El poder para desafiar al aliado regional más próximo a Estados Unidos.

En otras circunstancias no habría sido difícil frustrar las ambiciones de Ahmadiyad. Los israelíes habían demostrado poder realizar ataques aéreos preventivos contra las instalaciones nucleares de Iraq en 1981. Durante todo 2006, los comentaristas neoconservadores instaron al presidente Bush a llevar a cabo el mismo tipo de ataques contra Irán. Estados Unidos, sostenían, estaba en perfectas condiciones para lanzarlos. Tenía bases militares en Iraq y en Afganistán. Tenía los servicios de espionaje que demostraban que Irán violaba el Tratado de No

Proliferación de Armas Nucleares.

Pero Condoleezza Rice, la secretaria de Estado del presidente, le recomendó adoptar la vía diplomática. No sólo la opinión europea, sino también la estadounidense se oponían con fuerza a emprender un ataque contra Irán. La invasión de Iraq en 2003 había quedado desprestigiada porque no se habían encontrado las armas de destrucción en masa que supuestamente detentaba Saddam Hussein, y por la incapacidad de la coalición dirigida por Estados Unidos para sofocar la sangrienta insurgencia iraquí. Los estadounidenses no querían incrementar sus compromisos militares en ultramar, sino reducirlos. Los europeos no querían escuchar que Irán estaba por producir sus propias armas de destrucción en masa. Aunque Ahmadineyad hubiera trasmitado en vivo una prueba nuclear por la CNN, los progresistas habrían dicho que era un engaño de la CIA.

Así que la historia se repitió. Como en el decenio de 1930, un demagogo antisemita violó el compromiso de su país con el tratado y se armó para la guerra. Occidente, que primero trató de aplacar la situación ofreciendo a los iraníes incentivos económicos a fin de que desistieran, convocó a las organizaciones internacionales: el Organismo Internacional de Energía Atómica y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Sin embargo, gracias al veto de China no produjeron sino resoluciones vacuas y sanciones ineficaces, como la exclusión de Irán de las finales de la Copa Mundial de 2006.

Había un solo hombre que habría podido dar firmeza a la voluntad del presidente Bush en la crisis. No era Tony Blair, que había dado al traste con la confianza en él sobre la guerra de Iraq y, de todas formas, estaba de salida. Ese hombre era Ariel Sharon. Pero lo había abatido un derrame cerebral cuando estalló la crisis iraní. Con Israel acéfalo, Ahmadineyad tenía manos libres.

Como en el decenio de 1930, asimismo, Occidente se hizo ilusiones. Tal vez, decían algunos, Ahmadineyad sólo

lo estaba haciendo alardes porque su posición en el país era tan débil. Tal vez su competencia política dentro del clero iraní estaba a punto de deshacerse de él. En ese caso, lo último que habría querido Occidente era adoptar una línea dura: eso sólo habría reforzado a Ahmadineyad inflamando el sentir popular. Así que en Washington y en Londres la gente cruzó los dedos, esperando el *deus ex machina* de un cambio de régimen que se produjera en Teherán.

Esto dio a Ahmadineyad todo el tiempo necesario para producir en Natanz armas con uranio enriquecido. El sueño de la no proliferación nuclear, ya resquebrajado a medias por Israel, Pakistán y la India, se hacía añicos en definitiva. Ahora Teherán tenía un misil nuclear dirigido hacia Tel Aviv. Y el nuevo gobierno israelí de Benjamín Netanyahu tenía un misil que apuntaba a Teherán.

Los optimistas entonces alegaron que la crisis cubana de los misiles se repetiría en Tierra Santa. Ambas partes amenazarían con la guerra, y después los dos se retirarían cuando estuvieran a punto de hacerla estallar. Ésa era la esperanza de la secretaria Rice... más bien su plegaria, mientras iba y venía entre las capitales del Medio Oriente.

Pero no iba a ser así. El devastador ataque termonuclear de agosto de 2007 no sólo representó el fracaso de la diplomacia. Señaló el fin de la era del petróleo. Algunos incluso dijeron que marcó el ocaso de Occidente. Sin duda, es una forma de interpretar la consiguiente proliferación del conflicto, cuando la población chiita de Iraq aplastó lo que quedaba de las bases estadounidenses en su país, y los chinos amenazaron con intervenir de parte de Teherán.

Sin embargo, el historiador tendrá

que preguntarse si, en realidad, el verdadero significado de la guerra de 2007-2011 no habrá sido reivindicar el principio original del gobierno de Bush sobre la guerra preventiva. Porque, si se hubiera observado ese principio en 2006, las aspiraciones nucleares de Irán se habrían podido frustrar con un costo mínimo. Y entonces, por difícil que hoy resulte imaginarlo, la Gran Guerra del Golfo habría podido no ocurrir jamás. —

— NIALL FERGUSON

© Niall Ferguson, 2006

Traducción de Rosa María Núñez

GRAN PUM

Reventar de risa

Durante algunas pesquisas que realicé sobre algunas diosas más o menos remotas, me topo con un libro interesante que combina casualmente con dos tópicos relacionados con la obra de Octavio Paz.

El primero: en el índice de *Baubo. La vulve mytbique* (1983), del exacto mitógrafo y etnopsicoanalista húngaro Georges Devereux, me intriga un capítulo titulado “El rostro del vientre”. Comienza

explicando los chistes en que “se confunde el rostro con el ano”, tópico antiguo, prestigiado en castellano por las *Gracias y desgracias del ojo del culo* de don Francisco de Quevedo. *Conjunciones y disyunciones* (1969), el prólogo de Paz a *Picardía mexicana* de Jiménez, comienza con el mismo asunto, a partir del extraño grabado de José Guadalupe Posada que representa a una enana de culo malencarado.

El estudio sobre *Baubo* trata de las divinidades vulvares, o más

bien, de la deificación de la vulva en las protohistorias

hindú, egipcia, persa, japonesa y hasta nahua, que al parecer posee una diosa vulvar llamada Icuina. Arraigan todas en su avatar griego, esta diosa Baubo, también llamada Iambe, que “personi-



Estatuilla de la diosa Baubo.

fica” la vulva como Priapo el pene. Es comprensible que posteriores culturas monoteístas –siempre falocéntricas y misóginas–, hayan erradicado su culto con particular determinación. La diocesilla es, en efecto, poco evocada en la bibliografía y se conservan de ella si acaso un par de imágenes. La más importante muestra a una dama jocosa de piernas abiertas que “cabalga una cerda obesa”, como escribe Goethe en el *Fausto* (Goethe tuvo que ver una estatuilla romana con esas características que hubo en Berlín, ahora desaparecida). A pesar del velo púdico que la recubre (las diosas tienden a pervivir, como lo supieron los románticos, Paz incluido), sostenemos cotidiano trato con otra de las representaciones de Baubo que sobrevivió las fiscalías adversas a los cultos vulvares: el pan que circulaba en el mediterráneo durante las fiestas de las diosas hogareñas, cuyos herederos hoy pululan por todas partes: es el pan que en México llamamos *bolillo*, “pan francés” en el norte y virote en el occidente. En Guadalajara, el pan de Baubo tiene un explícito avatar en las sabrosas “puchas”, palabra que en otras regiones nombra popularmente a la vagina.

Las atribuciones de Baubo son muchas y de tan amplios registros que sería vano siquiera enumerarlas. La principal es que representa un tipo de *indecencia* benéfica, asociada al humor, a la risa y al placer de la fertilidad. Este atributo propicio se resume en una escena del arcaico *Himno homérico a Deméter*, cuando la Madre de la tierra llora a Perséfone, su hija raptada por Hades, y cae en un dolor que la devasta, y con ella a la naturaleza entera, que comienza a agonizar. Cuando la devastación parece imparable aparece Baubo en su cerda. En presencia de Deméter, la diosa hace una serie de gestos hilarantes y vulgares que festejan el poder de la vulva para gozar, pero también para parir: una danza para que Deméter ría y para que recuerde que puede recuperar a la hija perdida. Devereux discurre largamente sobre la naturaleza de esos “gestos” para con-

cluir que se trata de impudicias y visajes “burlones” que habrán incluido una danza coital y lo que el *Mythobograpus Vaticanus* llama “sonidos obscenos” que, concluye Devereux, “necesariamente significan pedos”. Estos pedos hacen a Deméter “estallar en carcajadas”, la sacan de su angustia, la restauran como la *eléusica* que vigila el equilibrio entre la vida y la muerte, y la convencen de parir poco después a Cora, hermana (y avatar) de la raptada Perséfone. Así pues, el mundo es salvado por un pedo. Con esta singular terapia, Baubo-Iambe inaugura una tradición festiva y burlesca de tal relieve que los versos iámbicos –respiración básica de la métrica griega– originalmente se emplearon en la confección de poemas burlones y obscenos (*iambizein*) en que vulvas y pedos juegan papel preponderante.

En *Conjunciones y disyunciones*, Paz dice que el culo carece de sentido del humor. Propone que si la sonrisa constata nuestro trato con los demás, la carcajada lo oculta. Es decir, que la sonrisa es inteligente, cerebral y social, mientras que la carcajada es intuitiva, espásmica y tumultuaria. El culo, así, no sólo carece de inteligencia: es su negación. “Las explosiones del culo nos borran la sonrisa de la cara”, agrega, “reventamos de risa”, volvemos a la infancia, quedamos fundidos “con la risa general, con el gran estruendo fisiológico y cósmico del culo”. La gran carcajada de la Madre Tierra (Deméter) desata el mismo estruendo y, es obvio, coincidiría con la interpretación del poeta: el culo carece de sentido del humor, mas su fanfarria estallante ahoga la necesidad de humor, y hasta de sentido. Es “la risa loca” que es “la metáfora del placer”, un *bang* no tan *big* como el de los evolucionistas, pero que no obstante salva al mundo. La “risa loca” como deseo de suceder, como emulación doméstica de ese estruendo cósmico fundacional, dice Paz, *preñado de preñez*. Que Paz no aluda al mito de Baubo, Deméter y el flato salvador, supongo que por ignorarlo, no deja de refrendar que los mitos

forman, como quería Jung, parte del inconsciente colectivo.

Me llama la atención que las fuentes arcaicas, y Paz en su estudio, utilicen para describir al pedo la semántica de la explosión. Los pedos, en efecto, estallan, revientan o explotan: denotan una descarga de energía y, como sucedió con Deméter, una descarga de levedad, con su gracia erótica, que pone al cuerpo por encima del lenguaje y del gesto. Ésa podría ser también su función “burlona” durante el coito o los juegos precoitales, como se documenta en escritos de tantos escritores para quienes el pedo es un signo de admiración en la página del deseo, como Sade, Lawrence, Joyce o Breton, aficionados (al igual que Mozart) al “ruiseñor de los putos”, como les dice Quevedo (en su España del XVII, “puto”, hay que recordarlo con Francisco Rico, significa *bandido*).

El segundo tópico (la segunda casualidad): al poco tiempo de leer el libro de Devereux, encuentro una *plquette* de Paz tan rara que ni siquiera la registra mi amigo Hugo Verani en su minuciosa *Bibliografía crítica de Octavio Paz (1931-1996)*. Se titula *Agua y viento*, fue publicada por las Ediciones Mito de Bogotá en 1959 y recoge cinco poemas que irían a dar a *Salamandra* (1962). El que da título a la pequeña colección es, quizás, el poema erótico más enfático y enigmático de Paz. Quizás más sexual que erótico, el poema es un ardiente recorrido por el cuerpo de una mujer “estallando” en un orgasmo. Es sorprendente que, en la cúspide de la pasión, escribe Paz con desenfado,

...tus pedos estallan y se desvanecen...

El verso fue modificado en las versiones sucesivas del poema y la palabra *pedos* se convirtió en *quejas*. Misteriosa sustitución que podría explicarse si “quejas” se emplease como sinónimo de “gemidos”. Me divierte imaginar que, a pesar de la posterior reescritura, durante ese momento ardoroso, Paz habrá reventado de risa con su pequeña Baubo. —

— GUILLERMO SHERIDAN

POLÍTICA

De vuelta a las ramas

Fue, por decirlo así, una clarinada de alerta. La visita del candidato presidencial peruano Ollanta Humala a Hugo Chávez hace unas semanas parecía la de un soldado a su superior. En su visita a Caracas, Humala coincidió con el recién electo presidente boliviano Evo Morales, como dando la razón a la periodista Patricia Poleo. Si ser presidente es la primera meta de un militar como Chávez, ser emperador debe ser la última. En una entrevista reciente, Poleo afirmó que el ideal de Chávez es conformar una sola nacionalidad “bolivariana” (con un solo pasaporte) compuesta por una región que comprenda Cuba, Venezuela, Bolivia y Perú, cuyo eje naturalmente sería Caracas. Parece lógico en él. Un general ensanchando su laberinto.

Humala y Chávez tienen una semejanza que resume todas: ambos son militares y se hacen llamar por su rango (“comandante” en el caso de Humala) entre subordinados que les rinden culto. Lo característico de esta nueva generación de militares es que han aprendido que no necesitan de los tanques para llegar al poder. También pueden ganar elecciones. El militarismo, como concepción del mundo, es parte del código genético de nuestra cultura. Lo vemos en nuestra conducta social todos los días. Los fantasmas con galones (la generación de Velasco, Videla, Bordaberry, Pinochet y la de Rojas Pinilla, Trujillo, Odría) reaparecen siempre. Lo dijo mejor que nadie el poeta peruano Martín Adán cuando el general Odría dio el golpe de estado en 1948: “Hemos vuelto a la normalidad.”

El común denominador de todos los militarismos es una visión “atrincherada” del mundo que comparten algunos civiles radicales: una vez destruidos los “enemigos” podremos todos progresar, libres de esos obstáculos ajenos a nosotros. El militarismo también tiene su *marketing*. La imagen que despierta Humala es la del soldado hermético, el tipo austero, justo y callado, lo que has-



Ollanta Humala, tras las buellas de Chávez.

ta ahora ha contribuido a su leyenda. Le huye a las entrevistas y por ahora delega para ellas a su locuaz y articulado candidato a la vicepresidencia, Gonzalo García. Chávez, en cambio, como sabemos, es el *showman* de la política latinoamericana (en su libro, Colette Capriles ha definido su estilo antipolítico como “La revolución como espectáculo”). El tono de sus declaraciones siempre va a la par con el de sus medallas y corbatas. Hace poco anunció que si su crítico Mario Vargas Llosa iba a Caracas iba a “llenarlo de plomo”.

Este estilo “espectacular” es una fuente de anécdotas. Durante la visita que le hicieron Humala y Morales, Chávez elogió el himno nacional boliviano, y a continuación lo cantó. Lo que salió de su boca (con voz no desentonada, por cierto) fue en cambio la letra del himno nacional peruano: “Somos libres, seámoslo siempre.” La anécdota podría no tener importancia si no fuera porque confirma que Chávez sabe poco o nada sobre Perú y Bolivia, y los considera sólo como piezas en sus planes de expansión (que incluyen por supuesto el gas de Tarija y Camisea de ambos países, que podrían ir a parar a empresas estatales venezolanas).

El peso de la historia parece obvio. Si Simón Bolívar fue quien logró aglu-

tinar a los pueblos latinoamericanos en la independencia, Chávez aspira a ser el Bolívar latinoamericano del siglo XXI. Esta reedición de lo que Ortega y Gasset llamó el “complejo de Adán” es la típica del caudillo, un personaje inscrito en nuestra cultura social. La longevidad y relativa popularidad del caudillo Chávez es por supuesto inexplicable sin el aumento del precio del barril de petróleo casi siete veces (de siete a sesenta dólares) desde su ascenso al poder. Con sus ataques a la candidata Lourdes Flores, rival de Humala en el Perú, parece claro que en los mapas de la América Latina trazados por su imaginación, Chávez ha puesto la bandera de su ego en Lima. El libro *Hugo Chávez sin uniforme* de Cristina Marcano y Alberto Barrera (Caracas, Debate, 2005) cita como suya una de las frases más memorables de cualquier dictador latinoamericano: “Para ser chavista hay que ser como yo.”

Pregonando el retorno a las raíces andinas, el mensaje de Humala se proclama nacionalista. Junto con Chávez, ha señalado ya su filiación a la dictadura de Velasco, cuyo gobierno en el Perú (1968-1975) estatizó las empresas privadas, suprimió la libertad de expresión y destruyó el agro con la Reforma Agraria. Humala ha explotado hábilmente el resentimiento de la mayoría de los peruanos que se sienten expulsados del sistema. Muchos de quienes lo siguen han padecido tanta pobreza y marginación que no quieren cambiar el sistema. Quiéren hacerlo saltar. ¿Hay alguien mejor que un militar para lograrlo?

¿Puede triunfar Humala en las elecciones peruanas de abril y formar un eje con Morales, digitado por Chávez y Castro? Por supuesto que sí. Los países latinoamericanos viven en un eterno estado latente de guerra civil, por factores sociales, culturales y raciales. No es casual ni extraño que se idealice a los “mesías” impugnadores y que el ciclo militarista vuelva a tomar cuerpo. Pero si uno repasa algunos datos de la vida de Bolívar se entera de que, a diferencia de San Martín, el libertador venezolano nunca se sintió cómodo en el Perú (al que llamó un país “de oro y de esclavos”).

vos”). Casi doscientos años después, quien cree ser el Bolívar del siglo XXI podría también (en la forma de su tenaz, hermético, radical comandante Ollanta Humala) tener más dificultades de las que esperaba para triunfar. —

— ALONSO CUETO

VIAJES

Días extraños en la Costa Azul

En realidad, la Costa Azul no es un lugar sino un estado mental que se extiende a lo largo de cientos de kilómetros de playas, promontorios, yerbazales arbolados, restaurantes de mariscos, villas cercadas y *châlets* malhumorados. Esta costa bañada en sol y aceitada con bronceador es como el tirante de un bikini con el que juega la imaginación. Cierta invierno, a mis padres les prestaron una casa en Cap d'Antibes. Yo era un niño de dos años y un consumidor lo suficientemente precoz como para quejarme estridentemente por sólo haber recibido un tren rojo de plástico en Navidad. Recuerdo los ostiones; una palmera que crecía en un patio; a mi madre recogiendo en la playa pedazos de vidrios de colores que el mar había limado: puso ese botín en frascos llenos de agua que colocó en cada alféizar de la villa, y el sol de invierno brillaba a través de esos recipientes multicolores.

Como toda experiencia exótica vivida en la más tierna niñez, el sur de Francia se me enredó en la mente con sus representaciones. ¿Era Willie Maugham quien se encargaba de entretener en Cap Ferrat, o era yo? ¿Eran Scott y Zelda quienes manejaban su Bugatti al borde del desfiladero, o yo? La figura que llenaba su cuaderno de notas en la playa de Bandol, ¿era Thomas Mann o, una vez más, yo? Hemingway y Picasso boxeando en un ring de lona en la plaza de Juan-les-Pins; Truffaut y Bardot asoleándose en el yate de Ari; Cézanne reduciendo las rocas a salvajes configuraciones geométricas; Maigret fisgoneando en Porquerolles,



Will Self, después del viaje.

inhalando poderosamente de su pipa. ¡Yo, yo, yo, yo-yo-yo!

Así que cuando de hecho me tocó regresar allí siendo ya un joven adulto, la experiencia no dejó de ser curiosamente irreal, sobre todo porque estaba bajo los auspicios de atascados aristócratas anglofranceses. Comíamos largos almuerzos en restaurantes de pueblos medievales sobre montañas perfectamente cónicas, y luego bajábamos en carambola hasta Les Calanques y nos lanzábamos de los despeñaderos de piedras blancas al entintado Mediterráneo.

Se comía *Bouillabaisse Royaume* en Le Brusc, en un gran restaurante de vidrio que parecía una pecera; y, francamente, la burguesía francesa llenándose la boca era tan fea como los pescados de los guisos. Hubo paseos por la costera de Bandol, y en una ocasión memorable nos metimos ácido y cruzamos a la pequeña y extraña isla de Bendor. Este cuajarón de tierra era de un millonario del *pastis* y había sido transformado en una fantasía morisca, toda patios almenados y minaretes huecos. Lo cierto es que Bendor era tan inaudita que en gran medida neutralizó el efecto del LSD; y no fue hasta que volvimos a Bandol, en uno de esos cafés bar que cobran cuarenta libras por un coctel amarillo en un vaso del tamaño de una vitrina, que recordé que estaba alucinando.

Mis amigos conocían al entonces venerable positivista lógico Freddie Ayer, quien tenía una casa en las cercanías, el cual me impresionó en lo más hondo por su visión implacablemente racional del mundo. Cuando se le preguntó qué cosa le recordaba más París, pensó durante un momento antes de contestar: “Un letrero en la carretera, con la palabra ‘París’ escrita en él.” Saboreé esta respuesta, que de alguna manera fue una de las semillas que eventualmente se convirtieron en el árbol nudoso de mis propias preocupaciones psicogeográficas.

Pero los paseos por bosques olorosos a pino y entre *maquis* que apestaban a tomillo finalmente perdieron interés. Sencillamente ya no había el ímpetu requerido para un solo juego más de futbolito en el bar local. Éramos jóvenes, teníamos un auto deportivo y exigíamos la depravación resplandeciente de la metrópoli. Decidimos manejar hasta Milán. Salimos del peaje a doscientos kilómetros por hora y pasamos zumbando por Tolón, Hyères, St. Tropez y Niza antes de bajar la velocidad en el cruce fronterizo de Menton. Allí, a sólo unos metros de llegar a Italia, subimos a un autoestopista, un lugareño joven y cándido que sólo quería dar una vuelta. Acicateado por nuestro fervor sobre ruedas, decidió acompañarnos, y nos sacó de quicio a través del norte de Italia tocando su guitarra y entonando viejas canciones de Crosby, Stills, Nash y Young.

En el camino de regreso la noche siguiente, destruidos por el exceso, nos detuvo, antes del cruce fronterizo, uno de esos policías italianos de opereta, con pantalones de montar con rayas a los lados y un sombrero que parecía un brillante origami de piel negra. En esos lejanos días preUnión Europea se requerían papeles, y si bien nosotros los llevábamos, el pobre músico paseante no, así que fue extraído del coche sin miramientos y arrastrado hasta quedar bajo custodia. Durante algunos minutos nos mantuvimos sentados en la oscuridad anaranjada discutiendo sobre la posibilidad de hacer algo, pero éramos

jóvenes e ineptos y teníamos miedo, así que le dimos carpetazo y nos fuimos de ahí. Además, todo el viaje había participado del carácter de ensoñación de la costa; y aún hoy, a más de veinte años de distancia, me sigue costando trabajo creer que ese autoestopista de verdad existió. —

— WILL SELF

© Will Self 2006

Traducción de Julio Trujillo

BELLEZA

Mi cuerpo es tu cuerpo

Si el vello púbico sintético suele ser un *must* entre las adolescentes en Japón, en otras latitudes, las más maduras o “no suficientemente Lolitas” optan por una poda inmisericorde.

Resuelto el asunto de derecho al voto y ante una creciente igualdad de oportunidades entre los géneros, hay un tipo de mujer exitosa a quien no le basta llevar un bolso de marca, conducir un auto semilujoso y portar uno o dos teléfonos celulares que no cesen de sonar. El *nirvana* consiste en demostrar que existe congruencia entre lo de afuera y lo de adentro, entendido esto último como lo que se esconde, exhibe o adivina detrás de la vestimenta: un par de senos salidos de agencia, la rasurada ya dicha y, ¡atención!, un ano reluciente. A la manera de las leyendas urbanas, a mediados del año pasado, circuló en Australia el rumor de que algunos dermatólogos aplicaban a sus pacientes un blanqueador de anos para que éstos se vieran más tiernos y limpios. Los menos apocalípticos le dieron cabida al humor con frases como *My ass is whiter than yours*; otros lamentaron que la aparición del “elíxir” no hubiera sido tema de algún capítulo de *Seinfeld* o *Sex and the city*, y una mujer, entre asustada y paranoica, preguntó: “¿Ahora tenemos que hacernos eso para *satisfacerlos*?”

Pero el destinatario de la satisfacción hace rato que dejó de estar personificado; ahora, si hay algo que complacer, es una óptica. Aun cuando ciertos doctores insistan a sus pacientes femeninas

que la transformación de sus cuerpos es un regalo para ellas y no un premio, castigo o demostración para la pareja, ex pareja o el grupo de amigas, ellas se miran, no sólo a sí mismas sino entre sí, con ojos de hombre y se tasan con los mismos criterios de los jurados de concursos de belleza.

¿Es el poder que confieren juventud y hermosura o una suma de complacencia más competencia? Vale la pena leer lo que Madame Ninon de L’Enclos escribió al marqués de Sévigné en el siglo XVII a propósito de los elogios femeninos: “Si es fea, la creemos y la amamos; si es tan bonita como nosotras, le damos fríamente las gracias y la desdenamos; si es más bonita, aun la odiamos un poco más que antes de que hubiera hablado.”

Ninon, quien se ganó fama de profesar el amor como un arte, tenía claro que mientras dos rostros compitieran, era imposible que entre sus dueñas naciera “una sólida amistad”.

¿Qué quieren las mujeres?

Trasero firme y muslos de acero eran las partes del cuerpo más anheladas por las estadounidenses en la década de los ochenta. Según la socióloga Susan Douglas había una marcada masculinización de la figura femenina. La publicidad y los medios de comunicación hacían hincapié en la apariencia estética como una manera de tomar el control sobre el propio cuerpo, explotar fortalezas y mitigar debilidades de carácter y personalidad. Ello implicaba tiempo, dedicación y presupuesto, de los cuales la mayoría no disponía debido a que pasaban horas en sus vehículos, sentadas frente a un escritorio o de pie tras un mostrador.

Así, tildar de flojas o despreocupadas a estas mujeres no bastaba para que consumieran y, de paso, entraran en cintura. Las promesas para estar en forma se volvieron un poco más prácticas y accesibles: *A better butt, fast!* Aparatos como *Ab Toner* y *Tigh Master* aseguraban cambios sustanciales al ser utilizados unos minutos algunos días de la semana. ¿Cuál sería el pretexto esta vez? Estrés, saturación de actividades, tras-

lados constantes, malos hábitos, pereza llana...

Había llegado el momento de dejarse amasar o desgrasar; inflar o desinflar; rellenar o rebanar. La masculinización cedía su turno a la voluptuosidad. No había que demostrar constancia o dedicación, quizás ahorrar un poco. Nunca más pertinente aquella frase con la que muchos y muchas crecimos: *es un pequeño lujo, pero...*

Así, se pasó de la mujer toda músculo a la mujer toda protuberancias —de preferencia firmes— y a una suerte de añamamiento de recovecos íntimos que no pongan en evidencia el grotesco paso de los años.

Si ésas son las herramientas, si ésas son las reglas del juego que se quiere o se tiene que jugar, no hay mucho espacio para lamentos. Acaso sirva como paliativo al esquema sexista donde el envejecimiento del hombre es aceptable y mejor visto que el de la mujer: ellos, maduros, sabios y elegantes; ellas, las brujas fofas y arrugadas.

A la par de la esperanza de vida, la de belleza también se ha incrementado. En pleno siglo XIX, la aristocracia francesa consideraba que si una mujer había sido colmada durante diez o quince años con los triunfos de la belleza, podía gozar a los cuarenta o cuarenta y cinco de un “magnífico retiro”. Hoy tenemos mejores noticias: hay quienes, bajo paralelismos simplistas, se refieren a la edad de cincuenta como los nuevos treinta. A ese paso, en algún momento los ochenta serán los nuevos sesenta y los ciento veinte los nuevos noventa y ocho, y nunca será demasiado tarde para procurarse el ideal de Mishima, la apoteósica combinación de muerte y lozanía.

“¿Qué es lo que casi todas las mujeres desean?”, preguntó la reina al caballero en el cuento *La mujer de Bath*, de Chaucer, bajo la orden de obtener la respuesta en un año, so pena de morir. Es justamente una bruja quien le da la respuesta, con la condición de desposarla: “Casi todas las mujeres desean ser soberanas y gobernar por sobre sus maridos y salirse con la suya en el amor.”

Una vez que, sumido en la depresión, el caballero acepta, se le presenta una nueva disyuntiva: si permanece fea, ella le será siempre fiel, mas no así si se vuelve hermosa. Independientemente del desenlace de la historia, una interpretación plantea la alternativa de la fealdad contra la promiscuidad. Guardada la proporción, el dilema me hace recordar a un cirujano plástico que le dijo a una mujer que, aunque perdiera sensibilidad tras un aumento de busto, ganaría en sexualidad. Y con creces.

Centímetros más, centímetros menos; firmeza o lozanía, así como una anhelada y cada vez más confesa proyección hacia chicas *Maxim* o Lolitas, lo que se destruye, según Clarissa Pinkola, es la “cohesión instintiva” de una mujer con su cuerpo natural al basar su valor no en quién es sino en lo que parece.

Apenas logrado un objetivo, surgirá el siguiente en pos del cuerpo que se tuvo o que se sueña tener. Nunca el propio, nunca el presente. Y aunque, gracias a los favores de la tecnología y la biomedicina, ninguna meta es inalcanzable, la angustia por el aspecto del cuerpo impide explorar y desarrollarse en otra dimensión.

Paradójicamente, aunque los logros feministas han llegado a los rincones más insólitos, en el terreno del cuerpo lo que se entona a coro es la desgracia ante el paso del tiempo y el peso de la anatomía: ahí nadie logra acertar en los ideales de belleza o juventud sempiternas. Citaré nuevamente a Douglas: “De todos los desfiguros del feminismo, éste ha sido tal vez el más efectivo.”

Es la publicidad la que obtiene un mayor alcance al capitalizar los sentimientos de exclusión. Si hace unas décadas se ofrecían aparatos —al rato inutilizados y empolvados en algún rincón—, ahora Dove le dice a las mujeres que todas son bellas sin importar arrugas o grosos.

En tanto la creencia de que basta ser mujer para ser hermosa marque una pauta, podremos mostrar menos inclemencia incluso ante los “perversos” intereses comerciales. —

— ROSE MARY ESPINOSA

ALTERMUNDISMO

Adiós a las máscaras

Hay que evitar que el enemigo “sorprenda con cualquier chingadera”; “debemos decirle [...] que no chinguen” [*sic*], porque “no estamos de acuerdo en que nos chinguen”; “le entregué [...] un arma que le habíamos quitado a estos cabrones”; “El PRI está compuesto por puros cabrones”; “para ser presidente hay que ser pendejo”; “no saben tirar [por lo tanto...] son pendejos”. ¿Adivinan los lectores dónde fueron pronunciadas estas filigranas idiomáticas, estas muestras de versatilidad verbal, estas sofisticadas categorizaciones? No, no provienen de



Subcomandante Delegado Zero etc.

un piquete de microbuseros, ni de una barbacoa de René Bejarano con los ambulantes. Tampoco se trata de un *revival* de Polo Polo, ni de un fragmento de la nueva novela de Paco Ignacio Taibo II. Aunque, pensándolo bien, casi lo es. El de la voz es el Subcomandante Marcos, esa primera pluma del altermundismo, ese trovador rebelde que tantos suspiros arrancó lo mismo a primeras actrices como Ofelia Medina que a poetas como Joaquín Sabina; es, vaya, ese estilista que capturó elogios hasta de algunos de

los mayores cerdos neoliberales del *establishment* literario, hoy autorrebautizado como *Delegado Zero* y convertido en un nómada que, Che Guevara de los Altos, decidió recorrer en moto los mil caminos de la miseria mexicana para extender la palabra verdadera con la llamada “Otra campaña”. ¿Quién dijo que la palabra verdadera sonaba bien?

Sí: Marcos decidió salir de la selva y acercarse a las vicisitudes de la vida civil. La noticia no es mala. Que un guerrillero se prive de la adrenalina de la clandestinidad y prefiera rozarse con la aburrida existencia cotidiana del ciudadano de a pie es, a fin de cuentas, celebrable. Poco importa que se trate de un guerrillero con antecedentes militares escasos y más bien bochornosos, o que la clandestinidad de la que se ha desprendido fuera —para él, no, como sabemos, para las víctimas de su paraíso en la tierra— una clandestinidad semidescremada, recordable sobre todo por las visitas de premios Nobel y novelistas *noir* con charcutería bajo el brazo. Lo que importa es que su hasta ahora apacible paseo guevarista por la patria, que corre en paralelo a las campañas políticas, confirma que el país, a fin de cuentas, es un país capaz de controlar la violencia, un país democráticamente homologable en más de un aspecto sustancial, próspero según en dónde, incluso respetuoso con las diferencias, en el que un guerrillero ya madurito —a poco de arrancada la gira, cambió la moto por una camioneta: los riñones, supongamos— puede transitar con razonable seguridad, protegido por las fuerzas represivas a las que siempre impugnó. O sea, un país que, por muchos y largos que sean sus cinturones de miseria, por permanentes que sean la violencia, la corrupción y la impunidad, es muy diferente al infierno que retrata en cada una de sus intervenciones el Delegado. Ese infierno que, dice, hay que destruir completo para levantarlo de nuevo, convertido en paraíso. Lo que nos lleva a una suerte de paradoja, a saber, que la noticia es celebrable para todos menos para él, o sea, para quien pensaríamos el primer beneficiado de esta forma de

tolerancia de la disidencia.

Y es que la anticampaña ha dejado a Marcos ante la cara de póquer de un público indiferente. Libre y normalizado, el Subcomandante no concita ya ni demasiadas simpatías ni mayores antipatías, sino indiferencia entre la mayor parte de los ciudadanos y en casi todos los medios, cuando no hace tanto que éstos, pese a sus denuncias reiteradas de bloqueos y boicots, le consagraban una buena cantidad de líneas cada vez que asomaba la capucha.

Este desinterés generalizado sirve para explicar el mal humor de Marcos, su violencia verbal nada contenida y libre de amaneramientos estilísticos. No se trata sólo de su generosidad con los insultos, un tic discursivo que, a fin de cuentas, también puede explicarse por la arraigadísima idea, permeada de clasismo, caciquismo y condescendencia clasemediera, de que así es como hay que comunicarse con el vulgo (al naco hay que hablarle en naco). Se trata, sobre todo, de su regreso a la jerga revolucionaria, leninista, foquista-guevarista, patéticamente setentera, pues. Porque la “Otra campaña” trae de regreso al viejo Marcos, el que en el 94 amenazaba con tomar la capital del país en una ola revolucionaria socialista, el marxista *tough* presuntamente entrenado en Cuba, el que cuando amanecía el neozapatismo todavía no se enteraba de que el país no está para utopismos criminales y, por lo tanto, no se había reinventado como un amante alivianado de la alteridad indígena. La “Otra campaña”, que el Delegado Zero ha descrito como una “acto de amor” y un ejercicio de tolerancia e inclusión, trae de regreso, en fin, una jerga que se pensaba muerta. Más o menos la misma que se extiende por la América Latina de Evo Morales o de Hugo Chávez, esa jerga que habla sin remilgos de “derrotar al capitalismo”, de “antiimperialismo”, de revolución, la que descalifica los procesos electorales como propios de estafadores o de cretinos. ¿Por qué será que nadie escucha a Marcos, en un país que normalmente lleva multitudes a las urnas?

A cambio de las esquivas multitudes, lo que sí ha conseguido el recrudecimiento de la dialéctica marxista es provocar alguna que otra salida revolucionaria del clóset. Luego de que Enrique Dusell recomendara al guerrillero que cejara en sus ataques a López Obrador y apostara pragmáticamente por una alianza que nos llevara por el ansiado camino de la revolución, que es la meta de ambos, el ex delegado y diputado Gilberto López y Rivas abjuró en público de su militancia perredista y puso en su lugar a Dusell, al recordarle que el PRD ha perdido toda legitimidad y que el camino a la revolución es uno. Así pues, hay que apoyar al entorno zapatista en su demanda de que los políticos institucionales dejen de exigir a Marcos que se quite el pasamontañas. Ya lo hizo. Él y uno que otro más. —

— JULIO PATÁN

PERIODISMO DE ALTURA

Adiós, muchachos

La revista *Gatopardo* del mes de enero publica un trabajo periodístico que, de tan profundo y esclarecedor, casi conmueve. La pieza lleva por nombre “Tango en el exilio”, y va firmada por Cristian Alarcón, un periodista que, de acuerdo con la revista, tiene un currículo *difícil de resumir*: “Ha pasado por todos los medios habidos y por haber en la Argentina. [...] tiene una lista de premios interminable [...] y es profesor de maestrías de periodismo en media docena de facultades.” En suma, un titán, un reportero a la altura de su misión. ¡Y vaya encomienda la de Alarcón! Los editores de *Gatopardo* le pagaron un viaje a la capital mexicana para adentrarse en la nueva generación de argentinos que han llegado a México, el exilio postcacero-lazos, y encontrar una respuesta a la tesis de su reportaje: “¿Los argentinos en DF viven entre la prostitución de lujo y el coqueto arte de saber agradar y aprovechar las oportunidades?”

La primera parada de la aventura alarconiana en México es el Living, un

bar gay. Ahí, el reportero se encuentra con dos bellas argentinas (“hasta lo más exclusivo de lo local reconoce que ellos y ellas suben el voltaje de ciertos sitios”, añade el esteta). Las damas en cuestión le confiesan, antes de decidir a qué *after* van a ir, *boludo*, que no planean regresar a Buenos Aires sino hasta haberles sacado “la plata a todos los mexicanos”. Al día siguiente, Alarcón viaja a Coyoacán. Ahí, se encuentra con Ágata, también periodista. Ágata ya había estado en México. Prometió nunca volver tras ser abrumada por las “adversidades cotidianas”. Un indignante episodio de abuso logra, por un instante, avergonzarme de ser mexicano: Ágata dice haber roto en llanto cuando un mesero, “en lugar de quitarle el picante, le dedicó una doble ración del más despiadado chile”. ¡El horror del mesero xenófobo! Ágata regresó a México sólo cuando Buenos Aires se volvió un callejón sin salida: “Están buscando cajas en Carrefour”, le dijo una amiga. Entonces, Ágata colocó en sabia balanza su proyecto vital: Carrefour o México. Su trabajo le costó decidir. Pero hela aquí. Antes de despedirse, Ágata le confiesa a su colega que lo peor de México son los hombres: “Mexicanos, ¡Todos cobardes!”

La siguiente parada es una agencia de modelos. Ahí, Mariano, el director, explica que la mayoría de sus modelos son argentinas porque en México, “además de no haber tantas chicas lindas”, las chicas locales no son realmente carne de pasarela: “las mexicanas no quieren ser modelos, se quieren casar”, sentencia el hombre. Antes de subir de nuevo a un taxi, Alarcón, conmovido por la candidez del sociólogo-modelo, reflexiona y cita: “El argentino es un sobreviviente. Por eso no pueden acabar con nosotros. Resurgimos de la cenizas. Tenemos algo genético que nos hace triunfar.” Y eso lo lleva, naturalmente, hasta Olga Wornat, la *non plus ultra* del exilio argentino en México.

Doña Olga no se toca el corazón: los mexicanos “sienten que el argentino es superior. Con el gringo también les pasa. Se refleja en la estética, hay una

obsesión con ser rubio”. ¿Las pruebas de la periodista?: de lo primero, no tiene; de lo segundo... narra una visita al salón de belleza: “Pido una iluminación en el pelo y no hay forma ¡me hacen mechones rubios!” No cabe duda: el ojo del periodista, cuando está afinado, es algo sublime.

El viaje de Alarcón termina frente a Constanza Cavalli, una rubia (son mi *obsesión*, lo siento) que “fue la imagen de la tienda más *fashion* de México a los diecisiete y provocaba con microminis a estos hombres poco acostumbrados al destape [...] Tiene 33 años y está sola. Es feliz, pero está sola.” Constanza confiesa que “al principio era un personaje polémico porque aquí nadie hace lo que verdaderamente quiere hacer. Le tienen pánico al compromiso y mucho más si se trata de sentir”. Hay en la voz de Constanza algo de tristeza, de las cicatrices inconfundibles del desamor. Y es que su vida amorosa ha sido dura en México: “Constanza, al comienzo, tuvo novios que eran hijos de presidentes, pero no funcionaron. Luego probó con estrellas de rock. Pero también se pusieron incómodos ante su amor desparpajado.” Resignada ante el desdén de tan representativa muestra de la sociedad mexicana, Constanza “se lamenta en su oficina de princesa pop antes de una sesión de fotos para la revista *Quien*”: “Prefirieron la apariencia y mantener el estatus a jugarse por un sentimiento”. Los mexicanos para ella también son “cobardes”, son “maricones”. Al menos no dice feos.

Al final, a Cristian Alarcón lo abruma la experiencia. Recuerda a las bolidas de la plata, a la coyoacanense Ágata, a Mariano y sus bellezas, a la Wornat y sus luces y a la despechada Constanza: “dudo sobre la utilidad de mi experiencia, pongo en crisis la idea de una crónica”. Por fortuna, el reportero supera la crisis, se sienta a escribir y sueña con un nuevo premio para añadir a la “interminable” lista. Él, como sus entrevistados, resurge de las cenizas; seguro es la genética que, desde el lugar común, lo hace triunfar. —

— LEÓN KRAUZE

URBANISMO

De lo bello y sus formas

La estética no es tema de actualidad. La belleza, tan difícil de encontrar, no se trata cotidianamente. Vivo en la espantosa mancha urbana de Toluca y he intentado que se valoren los pocos encantos que le quedan. Pero en vano. Hay proclividad a lo feo y lo contrahecho. Hay desprecio por las buenas proporciones y por los árboles frondosos. En Toluca nada cambia, somos la única ciudad que tiene un estadio en el centro sin estacionamientos ni luz eléctrica: la famosa Bombonera. Tenemos la catedral más fea de México, las banquetas más estrechas y la terminal de autobuses más inaccesible, sucia e inoperante. Y cuando algo cambia, lo hace para mal, como cuando el noble Paseo Tollocan fue ensanchado y convertido en un viaducto cualquiera.

Los despojos de “Toluca la Bella”, la del General Vicente Villada, sucumben diariamente ante el embate de azulejos, aluminios, castillitos morados, Oxxos rojos, pollos amarillos y formas caprichosas que no son dignas ni de Las Vegas. ¡Oh reino del mal gusto! Si las fachadas hablaran, Toluca sería una letanía de improperios. Groserías mal pronunciadas, porque literalmente la ciudad toda es un cartel mal escrito, y no me refiero a los grafitos, sino a la costumbre local de escribir anuncios comerciales en las paredes.

Toluca es la materialización del infierno de un esteta. Duele recorrerla, tan fea se ha vuelto. Con dinero y sin dinero, sigue siendo retefeo. La fealdad se impone. A los ricos los caracteriza el amor por la ostentación, a saber: autos grandes y costosos; guaruras grandes y costosos con trajes café; casas grandes de vidrios verdes, bien bardeadas y engalanadas con lucecitas navideñas y, finalmente, viajes regulares al sur de Estados Unidos. Y los pobres, imitando a los ricos, compran autos —viejos y voluminosos— que no tienen dónde estacionar, colocan vidrios verdes en las ventanas y demuelen el adobe; ponen luces navideñas sobre los nuevos muros

de *block*. Ricos y pobres escuchan la misma música lamentable, muy alto, y dicen *¿vistes?* y *¿oístes?* con desenfado.

Si de veras fuera de México todo es Cuautitlán y fuera de Boston todo es Las Vegas, fuera de Toluca todo es hermoso. Salir del desaliño de sus calles embrutecidas por autobuses carcachones, es llegar a un oasis. Limpiar la vista de cables y transformadores, de medidores de luz clavados en los árboles de la Alameda, de carteles rojos con la cara del gobernador, es un placer liberador.

No sé cómo decirles a mis alumnos de arquitectura qué cosa tan fea presentan en sus proyectos. Imparto Arquitectura de Paisaje (materia que desaparecerá con el nuevo plan de estudios), pero Proyectos sigue, y seguirá reproduciendo en Toluca el viejo estilo *agogó* que viene privilegiando desde que se fundó la carrera de arquitectura en 1964. Fue a partir de entonces cuando la liberal Toluca —la heredera del Instituto Literario de Tlalpan, de 1828— empezó a demolerse y a abarataarse. ¿Qué clase de estética inspiraba a esos jóvenes profesores arquitectos que, como Atila y los hunos, arremetieron contra la ciudad? ¿Qué clase de estética se enseñó a los alumnos que desde entonces se graduaban en la Universidad Autónoma del Estado de México, y que han producido algunas de las más contrahechas obras de todos los tiempos? Veremos qué producen las universidades privadas que han proliferado recientemente, o si está en el sino de los lugareños crecer y reproducir el mal gusto, porque para Toluca la estética es una peluquería.

Todo es achaparrado, la elegancia de la esbeltez se desconoce. Luis Barragán no pasó por aquí. Las proporciones verticales han desaparecido, las marquesinas horizontales de losa son embutidas a mitad de los antiguos muros, las varillas de acero siguen sobresaliendo oxidadas para envilecer la imagen del volcán, ese Nevado que José María Velasco jamás pintó.

Los olvidados. Eso somos en este valle. Los olvidados de la gracia de la estética. —

— SUSANA BIANCONI